

Psicología de la Autoridad

«Voces destempladas que de vez en cuando se dejan oír, dicen que la administración de justicia en Costa Rica ha degenerado, y que es necesaria una depuración radical de los elementos que la integran. No! por fortuna para los que amamos de veras esta tierra. No ha degenerado. Está más sana y vigorosa que nunca. *Lo que sí ha degenerado, triste es confesarlo!, es el respeto que antes se tenía á la autoridad; resultante, sin duda, de las ideas de anarquismo nivelador que flotan en el ambiente!*»

ALBERTO BRENES CÓRDOBA
Magistrado de la Corte
Suprema de Justicia.

Las palabras anteriores son tomadas de la defensa leída por su autor ante el Congreso Nacional, en la acusación por prevaricato formulada por el Licenciado don Aníbal Santos contra algunos de los Magistrados de la Corte.

Esa pieza sin originalidad y sin vigores que un diario comercial llama «monumento jurídico en que resplandecen la serenidad del juicio y la alteza de miras, diluídas en moldes literarios de gusto ático» viene á dejar un hermoso trofeo en las manos de los trabajadores del ideal.

Tomamos el florón con noble orgullo, en nombre de todos los que antes de nosotros lidiaron aquí las campañas del raciocinio.

¡La autoridad marcha en derrota!

El hombre, en cuanto autoridad, ya no es hombre; queda por debajo del hombre. Su ética no tiene entrañas, es ética de bestias. Su oficio es oficio de verdugos. El dolor ajeno no roza jamás su dura epidermis. Su placer es el mal.

La función hace el órgano. Y así la función autoritaria ha creado el órgano autoridad cuya psicología carece de rasgos humanos y se confunde con las alimañas.

Hombres ayer bondadosos, rectos en su conducta, abnegados con sus semejantes, se tornan hoy, ya investidos de autoridad, inhumanos, crueles, duros de corazón, más duros aun de intelecto. Una ordenanza, una disciplina, una legislación cualquiera ahoga en ellos prontamente toda nobleza de sentimientos y de pensamientos. El frío cálculo invade sus sentidos. La noción

del castigo, de la regresión, de la pena, domina de absoluto su alma plena de instintos malvados. Para la autoridad todo hombre es un delincuente, mientras no demuestren lo contrario. Y así se hace soez, grosero, brutal. Ya no es la función autoritaria elemento regulador de la vida común, balanza justiciera que á cada cual da lo suyo, servidora sumisa de los intereses generales. Es la fuerza prepotente, dueña de todo, superior á todo, por encima de todo.

Se la quiere imparcial, y su imparcialidad la pone fuera de toda humanidad. ¿Cómo podría serlo si tuviera alma humana, corazón y cabeza de hombre? Se la quiere recta, y su rectitud la coloca fuera de toda sensibilidad. Indiferente al dolor, suspicaz con el placer, va á su fin arrollando toda supervivencia piadosa, de amor, de compasión. Se la quiere justiciera, y su justicia condena á presidio por toda una vida al que hurtó por hambre ó cuelga de un palo al que mató por arrebató, por malvada educación social, por locura ingénita.

La psicología de la autoridad está precisamente en eso, en ser imparcial á costa de la humanidad, en ser recta á costa de todo sentimiento, en ser justa á costa de la libertad y de la vida de los hombres. No podría ser de otro modo.

La piedra berroqueña, el acero, el diamante, no son más duros que su dura alma. Su cerebro es un puro mecanismo de cálculo. La lógica de los hombres no reza con ella. Está fuera de la razón y de la humanidad. Está fuera del concierto universal de la vida. Está fuera de la naturaleza.

La autoridad es un abismo que excede los límites de la inteligencia humana. Su psiquis no es la psiquis del hombre, aunque el hombre la engendró. Acaso no tiene alma y si la tiene es alma contrahecha y monstruosa que surgió de lo ignorado y se ejercita en el mal y por el mal dura y perdura. Por el bien de la humanidad, será menester aplastar al monstruo. LA REDACCIÓN